

CHARO GONZÁLEZ CASAS

DOCTOR HAMER

¿Genio o loco?



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y Documentos

DOCTOR HAMER

Charo González Casas

1.ª edición: noviembre de 2019

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 2019, Rosario del Carmen González Casas

(Reservados todos los derechos)

© 2019, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí – Barcelona – España

Tel. 93 309 85 25 – Fax 93 309 85 23

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-515-1

Depósito Legal: B-20.443-2019

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 – 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I. El crimen	17
II. El descubrimiento	41
III. El sueño	75
IV. El mundo	97
V. El dolor	129
VI. La poesía	155
VII. La muerte	175
Bibliografía	183

¿Y si, en realidad, fuera muy sencillo? ¿Y si el cuerpo duele porque grita el alma?

A finales del siglo pasado, apareció en Alemania un médico internista que amenazó con dinamitar los andamios de la ciencia médica. Se llamaba Ryke Geerd Hamer. Abrió un camino distinto, desconocido, inexplorado, nuevo. Lo fue desbrozando él solo, sin subvención ni becarios, en su despacho de Oberaudorf reconvertido en laboratorio. A medida que avanzaba fue llegando a una conclusión asombrosa: en toda enfermedad interviene la psique. Y así como la psique colabora con el cuerpo para causar la enfermedad, también puede repararla.

Así de simple. Sin apenas necesidad de fármacos ni intervenciones quirúrgicas de urgencia ni tratamientos probados o experimentales. Según el doctor Hamer, para poder curarse, el paciente debe ser su propio médico. Basta con que indague en su vida y en su mente, encuentre el conflicto psíquico que le atenaza causándole ese mal físico y lo resuelva. Una vez reconocido y superado el conflicto, el cuerpo, gracias al cerebro programado por la psique, se repara él solo. Como cuando te cortas ligeramente con un cuchillo y

al cabo de varios días la piel luce como nueva. Lo mismo, aunque con matices.

La medicina oficial se echó las manos a la cabeza. Ese Hamer está loco. Por el amor de Dios, ¿cómo va a autorrepararse un cuerpo con cáncer? ¿Cómo van a evaporarse, uno por uno, los tumores en una metástasis? Qué disparate. Un despropósito. El doctor Hamer, qué peligro. Puede causar mucho daño. Que lo silencien. Que lo detengan. Amenaza la salud pública. Que lo encierren.

Parecía ciencia ficción, el delirio de un demente.

Por primera vez en la historia, un médico anunciaba que había descubierto un programa de la psique que produce y repara las enfermedades. «El programador es la psique —decía—, el ordenador, el cerebro y la máquina, el cuerpo». Pero lo más sorprendente es que afirmaba que su teoría funcionaba en todos los casos con la exactitud de la física y las matemáticas. Y podía demostrarlo. Contaba con las pruebas físicas, visibles para el ojo humano. Enseñando un sencillo TAC¹ y armado con un puntero, Hamer podía señalar las huellas que va dejando la psique en el cerebro. Con la sola observación del TAC, detectaba el tipo de cáncer y el órgano afectado. Él lo veía, juraba que podía verlo. No eran alucinaciones ópticas. Y si él, un mortal corriente, percibía en un cerebro el impacto de la psique en un enfermo de cáncer, todos los demás médicos también podrían percibirlo. Así que se desgañitó pidiendo que, por favor, repararan en su trabajo, que comprobaran su veracidad, que le hicie-

1. TAC: Tomografía axial computarizada.

ran caso. «¡Miren! ¡Compruébenlo ustedes mismos! Verán que no me equivoco. No les estoy engañando. ¡Joder, que no estoy loco!».

Habría sido muy fácil desmontarlo. Bastaba con que un solo caso no se ajustara a su diagnóstico para pulverizar todo su trabajo, para acabar con sus desatinos y disparates, para dejarlo en ridículo, para mandarlo a su casa y que se quedara allí, quieto y calladito, rumiando con amargura su fracaso. Pero no lo hicieron. ¿Que qué hizo la medicina en lugar de demostrar que Hamer era un lunático? Mirar para otro lado.

Pero siguieron acorralándolo. Había que quitarlo de en medio. Ese fanático de sí mismo podía reclutar pacientes. Los convencía, podía hacerlo. Y cada vez eran más los enfermos desahuciados que acababan en su consulta creyendo, con fe terminal, que Hamer iba a curarlos, que él les enseñaría, que terminarían aprendiendo cómo manejar su psique y sus conflictos para escapar de una muerte anunciada por los médicos. Hamer, ese fantasma, empezaba a tener un público. Se dedicaron a desprestigiarlo en campañas orquestadas por los medios.

Lo tacharon de «charlatán», «embaucador», «farsante», «mentiroso», «oportunista», «pseudocientífico», «majadero», «brujo», «sinvergüenza», «matasanos», «criminal», «maníaco», «paranoico», «psicópata», «hijo de puta», «tarado psíquico», «narcisista», «ególatra», «encantador de serpientes», «perturbado», «vendedor de alfombras», «tratante de la muerte», «cruel», «antisemita», «nazi», «mamarracho», «chamán de pacotilla», «iluminado patético», «gurú de tres

al cuarto», «lunático», «payaso», «líder de secta con ínfulas mesiánicas»... Demasiados insultos para un solo hombre.

Él pudo soportarlos, amparado por la fe en su verdad, pertrechado en una doctrina que él creía que había descubierto y que bautizó como Nueva Medicina Germánica.

Pero, ¿quién era Ryke Geerd Hamer? ¿Un genio capaz de alumbrarle a la humanidad el camino? ¿O un loco arrebatado por su afán de gloria y su propia tragedia?

Hay ciegos que guían muchedumbres. Pero hacia el final del túnel la luz que prometieron no aparece. Y hay genios que son luminarias y que acaban lapidados por las multitudes ciegas. Demasiada luz deslumbra. A la pupila humana le cuesta adaptarse. Nada es fácil. ¿Quién era, en realidad, el doctor Hamer? ¿Un iluminado? ¿Un ciego? ¿Un tuerto en un mundo de invidentes?

Para sus seguidores, una bendición del cielo. Para sus detractores, lo peor de la peor calaña. No dejaba indiferente a nadie.

Vivió ochenta y dos años repartidos en dos vidas. La primera, apacible y serena como médico respetable y feliz padre de familia. La segunda a contra corriente, perseguido por la Interpol, en la cárcel como un delincuente, sin trabajo —le quitaron la licencia para ejercer la medicina—, sin dinero —no se hizo rico—, despreciado por la ciencia, pisoteado por la prensa, acorralado por la justicia con encono y saña. Demasiada saña para una teoría que, a simple vista, podría no parecer tal disparate.

La pena mata. Eso lo sabe la ciencia aunque no disponga de ningún aparato que lo mida. Sé de una mujer sensi-

ble, inteligente y culta que murió de amor, literalmente. Su marido había fallecido sin que nadie lo esperara. Se sintió perdida. «Ayer, al calendario de la pared se le cayó una hoja. –me dijo un día–. Me la encontré en el suelo. Era la del 14 de febrero». Ya había empezado a notar ese dolor en la rodilla. Diagnóstico: cáncer de huesos. Murió en menos de un año «de pura pena», dice su hija.

Y así como las penas matan, las ganas de vivir nos salvan. Viktor Frankl fue un psiquiatra al que le tocó vivir, con veinticinco años, la peor de las suertes: estuvo prisionero en Auschwitz. Sobrevivió al infierno y lo contó en su libro *El hombre en busca de sentido*. «A pesar de no cepillarnos nunca los dientes y de la carencia vitamínica que sufríamos, teníamos las encías más sanas que nunca», cuenta. «Otra cosa inexplicable: se helaban las cañerías y no nos lavábamos durante días ninguna parte del cuerpo; y sin embargo, las llagas y las heridas de las manos, sucias del trabajo en la tierra, no supuraban». El día que se duchaban, aguantaban desnudos y empapados, de pie y a la intemperie el frío del invierno y no se costipaban. «A los médicos del grupo de prisioneros nos sorprendió descubrir la *falsedad* de los libros de medicina», escribió el psiquiatra. Tenían que resistir –los nazis los querían útiles– y vaya si resistían.

LA FUERZA DE LA MENTE. EL PODER DE LA PSIQUE

El doctor Hamer juraba que había detectado la angustia y la tristeza, que las había visto instalarse y multiplicarse en el cerebro del paciente, que había localizado el conducto invi-

sible y secreto que une la psique con el cerebro y el cuerpo. Según Hamer, cada tipo de conflicto afecta a un órgano determinado y sólo a ese.

La medicina convencional atiende los síntomas. Que tose y le duele el pulmón, vamos a hacer una radiografía. Pero el doctor Hamer atendía a las causas. Humm, el pulmón, conflicto de territorio. Piense, recuerde, haga usted memoria. En qué momento y por qué se sintió amenazado. ¿Qué le sucedió que le asustara tanto? Y ahora vamos a ver su cerebro, para determinar en qué fase del programa se halla su dolencia. Entonces ordenaba un escáner y a la luz de una lámpara rastreaba el impacto de la psique en el cerebro del paciente.

Demasiada abstracción para la medicina clásica, que suma y resta con los síntomas como si fueran los dedos, por la cuenta de la vieja. Para la medicina de siempre manda el médico. Para la medicina de Hamer, mandan el paciente y la Naturaleza.

Murió el 2 de julio de 2017. Ocurre muchas veces que al desprecio en vida le sucede el reconocimiento. El vivo que sufrió el descrédito alcanza en muerte la gloria. El tiempo le ilumina, le arroja una luz nueva. Aún es pronto para que la historia diga si Hamer fue un genio o un loco, o las dos cosas. Sufrió mucho. Fue un valiente. Resistió lo irresistible. No resulta tan difícil ir siguiéndole los pasos. Su vida es su obra. Detrás del científico palpataba el hombre, un hombre, Ryke Geerd Hamer, humanísimo si por humanidad entendemos mirar al paciente a los ojos y decirle: «Sea sincero, no se engañe, ¿qué le pasa?».

Todo empezó una madrugada, la del 18 de agosto de 1978. Un tirador, un rifle, una bala, una víctima. Si lo que sucedió no hubiera ocurrido nunca, el doctor Hamer habría seguido viviendo como todo el mundo, como hacemos todos, de la mejor manera que nos es posible. Pero los acontecimientos, terribles, se le echaron encima. Se encontró sitiado, sin escapatoria, en medio de su propia vida. No le quedó más remedio que tirar por el único camino que tenía. Era el más difícil. Pero lo siguió, en contra de todo, sin desvío posible. Para que luego digan que el destino no existe.

I. EL CRIMEN

Hasta aquella madrugada, los Hamer eran felices, al menos todo lo felices que se puede ser en este mundo. Ryke Geerd Hamer y Sigrid Oldenburg se habían conocido en 1955, en la facultad de Medicina de Tübingen. Tenían veinte años.

Y se enamoraron.

A esa edad los sueños son un asunto muy serio. Querían ser médicos para atender a los pobres. Sigrid suspendía alguna asignatura, pero Geerd era un empollón brillante. Además de medicina y física estudiaba teología. Su padre, Heinrich Hamer, era pastor protestante. Este dato es importante. En su casa de Krefeld –una ciudad de Renania del Norte– se bendecía la mesa. Dios era la presencia, el principio y el fin, estaba en todas partes. Aunque Geerd se había criado con sus abuelos en el campo –se lo llevaron con ellos al quedar su madre encinta de su cuarto hijo–, volvió a la casa paterna cuando tenía siete años. El abuelo, quien le hizo feliz, había muerto. Era 1942 y Alemania, un hervidero de pólvora, sangre y lágrimas. Adiós a su infancia bucólica, tan cerca del mar del Norte.

En Krefeld, Geerd oía por las noches el estampido de las bombas desde el refugio antiaéreo donde tenía que dormir

con sus cinco hermanos y sus padres. Todos apretujados, entre cientos de civiles muertos de miedo y hambre. Fue testigo del primer gran ataque a la ciudad, antaño conocida como «la ciudad de seda» por su comercio con Oriente. «Todo ardía y brillaba por las bombas de fósforo blanco», dijo. Vio los cadáveres carbonizados –decenas de muertos– apilarse a la puerta de la parroquia que regentaba su padre. «Casi todos niños, mujeres y ancianos. Los hombres estaban en el frente», escribió. También vio cómo sus padres ayudaban a esconderse y escapar a los judíos –muy numerosos en Krefeld– para que no fueran deportados al campo de concentración de Riga. Jamás lo olvidaría.

Al acabar la segunda guerra mundial, pudo seguir estudiando. Y hasta aquella madrugada, su biografía es correcta: un buen chico; un buen estudiante. Tras graduarse a los dieciocho en la escuela secundaria de Krefeld, partió a Tübingen para matricularse en la universidad. Quería estudiar teología y medicina. Allí se encontró con Sigrid, «la chica más bonita, encantadora y auténtica. Éramos idealistas, defensores de la verdad y las grandes causas».

Ella era italiana, como la abuela materna de Hamer. Compartían el romanticismo, la energía de los veinte años –tan potente que se cree inmortal; no sabe que se va a hacer vieja– y una sonrisa muy parecida, con los incisivos un poco disparados.

En menos de un año, Sigrid se quedó embarazada. Tuviron que casarse, después de instalarse en Erlangen, donde Geerd podía acabar lo que le quedaba de su carrera de teología en unos meses. A la boda no asistió ningún parien-

te. Fue un pequeño escándalo, con luna de miel incluida: un fin de semana a pie y en tren por Suiza, con Sigrid embarazada de cinco meses. «El viaje de bodas más bonito y barato –contó Hamer–. Nos queríamos mucho». El joven que era entonces, nuevo e inocente, no podía imaginarse que Erlagen, la ciudad donde se casó y nació Birgit, su primogénita, sería el lugar que acabaría eligiendo sesenta años más tarde para yacer en su tumba. Tal era la nostalgia que sentía de viejo por aquellos tiempos felices.

Apenas tenían dinero, pero entre biberones, pañales y apuntes, los dos se las apañaron para seguir con sus carreras de medicina, con la ayuda de una tía de Geerd y su trabajo en los altos hornos de la Thyssenhütte en Duisburg durante las vacaciones. Cuando Geerd consiguió su licenciatura en teología, en un tiempo récord, cuentan que le dijo a su padre: «Ahora sé tanto como tú». La anécdota no sorprendió al reverendo, quien solía decir: «Geerd es el más inteligente y fuerte de mis hijos. Logra todo lo que se propone».

Podemos imaginaros al joven matrimonio en su diminuto estudio –una sola habitación– cocinando salchichas y ravioli en un pequeño infiernillo, el calendario de los exámenes colgado de la pared y un bebé, rollizo y rubio, bebiendo. Los Hamer eran la única familia de estudiantes con bebé de todo el campus. «A los compañeros –recuerda el médico– les parecíamos pintorescos».

Se volvieron itinerantes. Tenían que trasladarse para completar sus estudios. Primero, a Marburg, donde nació Dirk, su segundo hijo, el 11 de marzo de 1959. «Sigrid dijo ese día

que era el más feliz de su vida. Quería tener un varón. Estaba radiante». No podían sospechar que el recién nacido iba a ser asesinado diecinueve años más tarde; que su muerte sería el fin de esa bendición –la bendición de los Hamer–, el principio, la causa y el detonante del descubrimiento de la Nueva Medicina Germánica.

Tenían veinticuatro años, dos hijos y muchas asignaturas por delante. De Marbug, tras aprobar los exámenes teóricos, se fueron a Giessen, donde Geerd consiguió unas prácticas como estudiante en ginecología. Después, volvieron a Tübingen para seguir con sus clases prácticas en cirugía, neurocirugía, neurología, psiquiatría, oftalmología. Nació Gunhild, su tercera hija. Presentó su tesis. A los veintiséis años, pudo, por fin, ejercer como médico. Ya tenía el título y, todavía, las ilusiones intactas. Dos años después nació Bernd, su cuarto hijo, que acabaría dedicándose a la medicina.

Sus seguidores han llegado a decir que fue el estudiante más joven en licenciarse en medicina. Falso. Sus detractores, que se retrasó varios cursos para terminar aprobando. También falso. En un principio, se llegó a publicar que ni siquiera era médico, sino «sanador», alguien incapacitado para curar. Lo cierto es que además de licenciarse en teología y doctorarse en medicina, también estudió varios cursos de física con una familia numerosa a costas.

En esos años dorados, mientras veía crecer a sus hijos, el doctor Hamer ejerció la medicina oficial en hospitales universitarios de Tübingen y Heilderberg. En su modo de proceder, sus colegas nunca detectaron nada extraño, salvo que

a veces prescribía jalea real a sus pacientes, algo todavía exótico para la época.

Se especializó en medicina interna –1972– y, en sus ratos libres, comenzó a diseñar aparatos. Tenía imaginación: una camilla de masaje capaz de ajustarse con precisión al contorno del cuerpo, un dispositivo para el diagnóstico de suero transcutáneo, una sierra de huesos menos agresiva que las del mercado, y su invento estrella, un escalpelo eléctrico prácticamente atraumático por la finura de su hoja. La patente de su bisturí iba a generar *royalties*. El sueño de juventud de los Hamer –atender gratuitamente a los pobres– parecía posible. De jovencitos pensaban que lo ideal serían los barrios más desfavorecidos de Nápoles pero, de momento, podían empezar por Roma. En la primavera de 1978, Sigrid se instaló con sus hijos en la capital italiana. Geerd se quedó en Heilderberg, trabajando en el hospital universitario. Un constante ir y venir de Alemania a Italia.

Guapos, listos, limpios, elegantemente descuidados, deportistas y, además, bilingües, los Hamer eran, por aquel entonces, una familia preciosa, un modelo envidiable de clase media alta, ese tipo de vecinos que le dan glamur a un barrio. La *mamma*, morena y mediterránea. El *vati*, rubio, metódico y disciplinado. Había amor en esa casa y varios perros boxers.

El cariño del doctor Hamer por los animales fue una de las primeras lecciones que les enseñó a sus hijos. Cuentan que en los restaurantes siempre pedía las sobras para los gatos y perros callejeros.

Una tarde de aquellas en que todavía vivían en Heilderbeg, Sigrid fue a visitar a una paciente gitana muy enferma. Vivía con su marido en la miseria. La doctora Hamer no le cobró la consulta y la mujer —puede ser que se sintiera en deuda— quiso leerle la mano. Sigrid no creía en esas cosas, así que se resistió, pero acabó consintiendo. La gitana cogió su mano, la miró un segundo y la soltó espantada. Estaba descompuesta. No quería decirle nada. Tal vez había visto una cruz muy fea marcada en la línea, rota, de la vida. Pero Sigrid quiso saberlo.

—He visto sangre —dijo la gitana—. Mucha sangre.

Cuando unos años más tarde, su teléfono sonó de madrugada y al otro lado la voz de su hija Birgit le transmitió la tragedia, Sigrid gritó:

—¡Lo sabía! ¡Yo sabía que iba a pasar algo malo! ¡Y ha sucedido ahora!



Un encuentro, un temporal, el mar y un loco con un fusil de guerra. Esos cuatro elementos tuvieron que combinarse en lo que parecía un azar retorcido, trazado perversamente y al milímetro, porque terminó arrojando un saldo inverosímil, una desgracia absurda, como las de esas películas tan malas que cuando las ves dices: «Esto en la realidad no pasa. No puede pasar, es imposible».

Era el mes de agosto. El doctor Hamer estaba en Heilderberg, trabajando. Sigrid y los chicos pasaban las vacaciones en la isla de Cerdeña. Habían alquilado una casa.

La mañana anterior a la tragedia, los hermanos Dirk y Birgit Hamer fueron a la oficina de correos de Porto Rondo para recoger un giro con el dinero que les acababa de enviar su padre. Dirk era un joven muy guapo, alto —1,93 metros—, rubio y de ojos azules, con el pelo casi al cepillo, además de un buen atleta. Entrenaba todos los días. Corría los cuatrocientos metros. «Un chico estupendo», educado, sano, de buena familia, el tipo de adolescente que las madres quieren para sus hijas cuando empiezan a llegar tarde a casa. Dirk adoraba el mar. Sabía pilotar barcos. Le gustaba pintar paisajes y retratos con colores vivos. Dibujaba muy bien, con encanto. Tenía talento. Cuando ves sus dibujos, piensas: «Qué sensible era este chico».

Se había retratado en un lienzo con acrílico que tituló «Autorretrato. El viejo». La figura es un rostro de anciano con un sombrero verde, flequillo y barba, y una mano huesuda y fuerte empuñando un bastón a la altura de la oreja. Por la camiseta, a rayas blancas y azules, parece un lobo de mar. Dirk con ochenta años. ¿Cómo es un joven que a los dieciocho años se retrata de viejo? Poco después de acabarlo, dijo:

—El año que viene moriré o me haré famoso.

La gitana que tiempo atrás le leyó la mano a su madre y vio su sangre y su muerte como por una mirilla, le habría dicho:

—El año que viene te sucederán las dos cosas.

Le encantaba caminar descalzo. Tenía diecinueve años.

Ese día, tras recoger el dinero del padre, Dirk se lo guardó en el bolsillo. De vuelta a la casa, los hermanos se encontra-

ron con un grupo de conocidos. Estaban planeando una excursión en barco a la isla de Cavallo. Partirían al mediodía y volverían por la noche. «¿Os queréis venir con nosotros?». Dirk y Birgit aceptaron. Ese encuentro fue nefasto.

Tenían que pedirle permiso a Sigrid, así que fueron a buscarla. Dirk estaba tan entusiasmado con la excursión, que se olvidó del dinero y de dárselo a su madre. Una hora más tarde, los dos hermanos zarparon con los demás en tres barcos, el *Coke*, el *Master* y el *Mapagià*. Birgit iba en el primero; Dirk, en el último.

De Porto Rotondo a Cavallo hay 27,6 millas. Un trayecto corto, pero antes de divisar la isla, se levantó un temporal que empapó las cubiertas. Los barcos se zarandeaban. Eran como cascarillas.

Una vez, un marino cubano me dijo que el Mediterráneo es un mar tenebroso. Hay que andarse con cuidado. Eso fue lo que debieron de pensar los capitanes de los tres yates que componían la flotilla. El tiempo se había puesto feo. El aire, caliente, pesaba. Al atracar decidieron pasar allí la noche.

Cavallo es un paraíso para ricos con barco, un destino exclusivo, vetado para los mortales a sueldo. Sólo puedes entrar si tienes casa allí, o si los que la tienen, te invitan. Pertenece a Francia. La costa Esmeralda: aguas prístinas de color turquesa, rocas rojas y mansiones excesivas para la longevidad de sus propietarios. Había –y sigue habiendo– un solo restaurante, el del spa-hotel Des Perchêurs, carísimo. Los hermanos Hamer no podían permitirse una habitación ni la cena. El dinero que Dirk guardaba era para la

mamma. Ni siquiera se acordaba de que lo llevaba encima. Decidieron dormir en los yates. Birgit, en una litera del *Coke*. Dirk, en un colchón del *Mapagià*.

A partir de aquí, los hechos se disparan, como el arma del loco que a las tres de la madrugada, se puso a gritar aterrorizando a todos mientras su mujer, Marina Doria, iluminaba la escena desde la playa con los potentes faros de su jeep. Para que su marido viera bien la escena, para que pudiera dar más miedo con sus amenazas.

—*Italiani di merda!*—aullaba—. ¡Os voy a matar a todos!

Niki Pende, que dormía en el *Coke*, se despertó. Además de gritar, ese loco había abierto varias bombonas de oxígeno para buceo. Se oía el silbido del aire en el silencio. Niki subió a cubierta. Y lo vio. «La luz de la luna brillaba. Lo veía nítidamente. Estaba casi en mi barco, en un bote pequeño».

—*Italiani di merda!* ¡Me habéis robado mi lancha! ¡Me lo vais a pagar, drogadictos!

El loco era el príncipe Víctor Manuel de Saboya, un energúmeno fuera de sí, un macarra de alta alcurnia. No parecía peligroso; lo era. Llevaba un rifle. «Me apuntó con el arma —dijo Pende después—. Me tiré al suelo. No podía escapar. Me dispararía si le daba la espalda. Disparó dos veces. Y trató de golpearme en la cabeza con la culata del rifle, pero lo esquivé. Volvió a apuntarme. Antes de que disparara por tercera vez, salté a su bote, me abalancé sobre él y los dos nos caímos al agua. Me alejé de él nadando. Entonces oí al niño gritar: «¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Socorro!».

Birgit también se había despertado. Estaba en el mismo yate que Pende. Oyó cómo silbaban las bombonas de oxígeno abiertas y al príncipe gritando:

—*Italiani di merda!* ¡Os voy a matar a todos! ¡Me habéis cogido mi zodiac!

También oyó decir:

—Nadie te ha robado nada. ¡Cálmate! A lo mejor alguien ha cogido tu lancha por error.

—¡Italianos de mierda! ¡Panda de gilipollas!

—¡Cálmate! ¡Calla!

El barco se zarandeó y, según Birgit, sonó un disparo «como un látigo y luego un golpe muy fuerte seguido de muchos insultos, muchos». Entonces hubo un silencio y, después, un segundo disparo. «El agua gorgoteó. Se oyeron algunas bengalas lanzadas desde la playa para ver lo que estaba ocurriendo. Parecía la guerra. Y entonces, oí el grito de un niño: «¡Anestesia! ¡Anestesia!». Chillaba en italiano, la lengua de su madre. El corazón de Birgit bombeó muy fuerte. «Me destrozó. Fue como un presagio».

Alguien entró en el camarote del *Coke* y le dijo:

—¡Tu hermano! ¡Le han disparado!

Niki Pende ya había subido al *Mapagìa* al oír los gritos del muchacho. «Vi que era grave», dijo. El príncipe ya estaba en tierra. «Desde allí, un vehículo encendió las luces más potentes para enfocarnos –recordó Pende–. Distinguí la figura del príncipe junto al coche. Temí que siguiera disparándonos, así que les dije a todos que se tiraran al suelo». «Y nos tiramos, como conejos», declaró luego una chica. «Sólo nos tranquilizamos cuando empezó a llegar gente».

La segunda bala había roto un cristal del *Mapagià*, atracado el tercero en la fila desde la posición del pistolero. Había sobrevolado la cabeza de Pende y dos yates, el *Coke* y el *Master*, para acabar incrustándose, tras perforar una ventana, en el abdomen de Dick Hamer. «Corrí saltando por las cubiertas hasta llegar a mi hermano –recordó Birgit–. Estaba en el suelo, rodeado de gente, en estado de *shock*, a punto de perder el conocimiento. Sangraba mucho». Lo abrazó. Pegó su cara a la de Dirk y le dijo:

—No te preocupes. Te vas a poner bien, te lo prometo.

Y ya no dejó de repetirlo tras gritarles a todos:

—¡Hay que llevarlo a un hospital!

—¡El príncipe sabe que ha herido a un chico! –oyó como respuesta–. ¡Va a enviarnos su helicóptero!

«Pero el vientre se le estaba hinchando –relató Birgit–. Cada vez más. Parecía tener una fuerte hemorragia interna». Era una herida muy fea. En el atestado policial, levantado unas horas después en la comisaria de la isla, consta: «en el puente del *Mapagià* había un charco enorme de sangre». Dirk se estaba desangrando.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cuándo llega el helicóptero?

Birgit sabía que no debía permitir que Dirk perdiera el conocimiento. Seguía hablándole al oído.

Entonces apareció un médico, un tal Pitoun. Se dio cuenta de la gravedad del asunto. Le aplicó un gotero. Dijo que había que trasladarlo con muchísimo cuidado. Siguieron esperando el helicóptero. Transcurridas unas dos horas, sin rastro del helicóptero y el suelo cada vez más rojo, el dueño del *Coke*, el barco más rápido de los tres, dijo:

—¡Vámonos!

Y puso rumbo al hospital más cercano, el de Porto Vecchio, en Córcega. Birgit seguía abrazándolo. «Estaba acurrucado y consciente en un banco de la cabina —dijo—. No se quejaba. En un momento dado, sacó un pequeño montón de dinero del bolsillo, manchado de sangre. «Dáselo a mamá», dijo en voz baja.



El doctor que le atendió al amanecer de aquel 18 de agosto dijo al salir del quirófano:

—Un cuarto de hora más tarde y se habría muerto. La bala estaba en la femoral. Al extraerla, hemos bloqueado la hemorragia interna pero la pierna derecha se ha quedado sin riego. No sé cuánto aguantará.

Sigrid, la *mamma*, ya estaba en el hospital.

—Tenemos que llevarlo a un hospital más grande —dijo—. Le han salvado la vida. Ahora hay que salvar la pierna.

El cirujano estuvo de acuerdo. Y lo trasladaron al hospital de la Concepción de Marsella. Allí le amputaron, primero, la pierna hasta la rodilla; después, hasta la ingle. Catorce días más tarde, el doctor Hamer, que no se movía de su cabecera, tomó la decisión de trasladar a su hijo al hospital universitario de Heilderbeg.

En total, Dirk sufrió diecinueve intervenciones quirúrgicas. Existen unas fotografías estremecedoras. Yace con el gotero y las sondas conectadas a una máquina. Le ha crecido mucho el pelo, ya no lo tiene al cepillo. Mira a la cáma-

ra con ojos huecos. Su alma ya no está allí. Es sólo un cuerpo, amputado y bello, asaltado por el dolor y derrotado por la mala suerte, ¿o debería escribir por el instinto sanguinario de un loco?

En su libro *Delitto senza castigo*, su hermana Birgit cuenta que un día, cuando entraron los enfermeros para llevarlo al quirófano le dio un beso. «La imagen se me quedó grabada para siempre. Dirk levantó los dedos en señal de victoria con la mano débil y temblorosa». Y la mantuvo así, «mientras los enfermeros empujaban la cama por el pasillo». No le funcionaban los riñones. Había que someterlo diariamente a diálisis. «Tenía un aspecto aterrador: menguante, jadeante, le temblaba todo el cuerpo».

Birgit también relata que durante los meses que duró la agonía, no dejó de pensar en un dibujo que Dirk había pintado con ceras de colores. «Era un velero bajo el cielo estrellado con un hombre al lado, sobre un bote pequeño, blandiendo un rifle». Lo dibujó a los ocho años.

Dirk Hamer murió a las cinco de la tarde del 7 de diciembre, ciento once días después de la fatídica noche, en la unidad de cuidados intensivos del hospital universitario de Heilderberg, en compañía de su padre, Ryke Geerd Hamer. Era jueves.



El 7 de diciembre de 1980, setecientos treinta días después de su muerte, el doctor Hamer escribió, a la misma hora que murió su hijo, las cinco de la tarde:

«Un día como hoy, hace dos años, fue el más oscuro de mi vida, mi hora más negra. Mi amado hijo Dirk murió en mis brazos. Nada, ni antes ni después, ha sido tan indescriptiblemente espantoso, tan devastador. Creía que el sentimiento de impotencia y rendición, de tristeza infinita, se iría desvaneciendo poco a poco pero, por el contrario, es cada vez peor.

Ya no puedo ser quien era.

Mi pobre hijo, por todo lo que has pasado, todo lo que has tenido que padecer y sin una sola queja. Qué no habría dado yo por morir en tu lugar. Desde entonces, todas las noches vuelves a morirte en mis brazos, setecientas treinta noches en las que no quiero dejarte ir pero la fatalidad atroz siempre te arranca de mis brazos. Y vuelvo a sentir la impotencia, como hace dos años, llorando sin consuelo, paralizado como en aquel momento, entre los pacientes graves y los médicos y enfermeras apáticos, insensibles e inhumanos, que sólo me permitieron quedarme a tu lado mientras agonizabas.

Muchacho maravilloso, te fuiste como un rey, orgulloso, grande y a la vez tan tierno, pese a todos los tormentos, todas las sondas en las venas y arterias, la intubación y el terrible decúbito. Ante la bajeza y la maldad de tus torturadores sólo sacudías la cabeza. “Papá, son malos, muy malos”.

Al final sólo me hablabas con los ojos, pero yo entendía cada una de tus palabras. ¿Entendiste tú todo lo que te dije la última vez, que papá y mamá te quieren mucho y que siempre estaremos juntos, siempre? ¿Y que ahora tie-

nes que ser fuerte y dormir un sueño muy largo? Asentiste y estoy seguro de que lo entendiste todo aunque te estabas muriendo.

Sólo una vez, cuando ya habías cerrado los ojos y notabas mis lágrimas sobre tu cara, al oírme llorar, sacudiste la cabeza como diciendo: “Papá, no llores. Siempre estaremos unidos”.

No me da vergüenza, hijo mío. Llora muchas veces cuando no me ve nadie. No te enfades conmigo. Lo sé, sé que nunca viste llorar a tu padre. Pero ahora también soy tu alumno y me siento tristemente orgulloso de ti, de la dignidad con la que nos has precedido por la gran puerta de la muerte. Pero ni siquiera ese orgullo puede calmarme cuando, cada noche, pobre hijo mío, vuelves a morirte en mis brazos dejándome desesperado».



El 2 de junio de 1946, se convocó un referéndum en Italia para que los ciudadanos decidieran si querían, o no, la monarquía. Ganó la república. El rey Humberto II tuvo que marcharse al exilio con su familia. Adiós a su patria querida. Se acabó la fiesta. Una fiesta muy corta, porque Humberto no llegó a reinar ni un mes; sólo veintiséis días, en mayo.

El loco que mató a Dirk era su hijo Víctor Manuel Alberto Carlos Teodoro Humberto Bonifacio Amadeo Damián Bernardino Jenaro María de Saboya, más conocido entre sus íntimos como *Totó Manivela*. El hijo de un rey sin

corona pero con dinero, mucho dinero y contactos muy poderosos. Le trataban de alteza real, como si fuera un príncipe. ¿De qué reino? ¿Se puede ser príncipe de una monarquía extinta? El nieto de un carpintero cuyo padre heredó la carpintería del abuelo y la perdió en veintiséis días, ¿presume de carpintero? El pasado, ¿sigue existiendo o son sólo recuerdos? Los sueños son más consistentes. Nos empujan hacia delante, aunque no se cumplan.

Así que Víctor Manuel era un príncipe ficticio. Pero seguía ejerciendo como si lo fuera en los besamanos, las ceremonias, los bancos, las revistas del corazón y las mafias. Tenía prohibida, como su padre, la entrada a Italia. Tal vez por eso se había construido una mansión en Cavallo, una isla francesa pegada a Italia, su tierra. Y de ahí su grito de guerra: «*Italiani di merda!*» aquella madrugada. Una cuestión personal, un asunto doloroso que acabó rebotando en la femoral de Dirk mientras dormía. Odiaba a los italianos: sentía que le habían humillado. Nunca llegaría a reinar. Y todo por su culpa.

El nieto de un carpintero puede buscarse la vida, opositar a las administraciones públicas, trabajar a sueldo o emprender un negocio pero, a ver, a qué se dedica el hijo de un rey despedido.

Pobre Totó, sin su corona, con la calva al aire y las mejillas flácidas. En la boda de los príncipes de Asturias –2004– le propinó dos puñetazos a su primo, el duque Amadeo de Aosta, a traición, sin que mediaran un mal gesto ni una palabra. Tuvieron que reducirlo, entre el glin glin y el frufú, qué modales. «¿Pero es que Víctor no se da

cuenta de dónde estamos?», dijo el agredido. Y todo porque los monárquicos de la República de Italia parecían decantarse por su primo. Ay, Totó, qué malo eres. En su mansión de Ginebra, albergaba una galería de tiro en el sótano para practicar con su colección de armas. Le gustaba pegar tiros. También era aficionado a los ferraris y a las putas.

Aquella mañana del 18 de agosto, él mismo se presentó a la policía. «En el momento en que se disparó el segundo tiro –declaró– yo tenía la mano en el gatillo y el proyectil desapareció accidentalmente. En ningún momento quise disparar en esa dirección. Reconozco los hechos tal como ocurrieron, ya que asumo mi propia responsabilidad en las lesiones causadas por esta bala perdida». También entregó un fusil Enfield, con veintinueve cartuchos, junto a su licencia de armas. Se trata de un rifle utilizado ya en la primera guerra mundial. Muy potente debía de ser porque, además de perforar la ventana del *Mapagià*, con tres agujeros, había impactado antes a estribor con el *Master*, el barco de al lado, atravesando una pared de fibra de vidrio en el puente para dividirse en dos. Una de estas dos esquirlas fue la que acabó con Dirk. «Estaba mojado», decía el atestado policial. Quedó custodiado en la comisaría de Ajaccio (Córcega), bajo precinto policial. Según el doctor Hamer, en agosto de 1983, desapareció. Lo reemplazaron por otro. Del abdomen de Dirk se extrajeron 4,125 gramos de fragmentos de plomo triturado. El experto en balística de la policía científica que realizó el informe dijo que eran idénticos a los del calibre 30 de los fusiles Hinterberger.

Del yate *Mapagià* no volvió a saberse nada. Quedaron las fotos, con la sangre de Dirk y la ventana rota, pero nadie lo reclamó para seguir investigando.

Fue un escándalo, con la foto de Totó en todos los periódicos de Europa. Según cuenta Birgit Hamer en su libro, su padre aceptó doscientos mil marcos del loco para gastos médicos. Dirk no tenía seguro. Según el doctor Hamer, con Dirk aún vivo, se firmó un acuerdo entre la víctima, sus padres y el pistolero para que el joven percibiera un millón de marcos. El de Saboya lo cacareó a la prensa, pero según Hamer no llegó a cumplirlo nunca. Sólo pagó las facturas de los hospitales. Dinero arriba, dinero abajo, la vida de Dirk no tenía precio. No sólo se la arrancó, sino que también destrozó a su familia.

El príncipe destronado pasó en prisión preventiva cincuenta días, en Ajaccio. Luego lo liberaron a la espera del juicio. Entretanto, los Hamer comenzaron a padecer hechos sin explicación, extraños.

En la primavera de 1979, el dueño del apartamento y la clínica que el doctor tenía alquilados en Weiterstadt, vendió, aprovechando que no estaba, todas sus pertenencias con la excusa de que le debía la renta de dos meses. Falso, como se demostró en un juicio posterior. Birgit cuenta: «Dijo que había quemado todas nuestras cosas —álbumes de fotos, cartas y documentos personales, juguetes, recortes de prensa—, lo que más queríamos. Pero esta explicación no era creíble. ¿Quién le prendió fuego a los recuerdos, cartas y fotos de una familia?». Según Birgit, el de Saboya había contratado a un detective «para reunir infor-

mación sobre nuestra familia –especialmente de papá– y conocer nuestras *debilidades*».

En su libro *Einer gegen alle (Uno contra todos)*, el doctor Hamer relató que por las mismas fechas recibió a un peculiar visitante. «Un proceso puede llevar mucho tiempo, señor Hamer, y usted es suficientemente inteligente como para proteger a los suyos», le dijo. Y le aconsejó que se retirara como acusación particular. De lo contrario, escribe el doctor Hamer: «Uno: mi familia sería expulsada de Roma; dos: mi reputación quedaría completamente arruinada; tres: mi familia acabaría en la bancarrota». También cuenta que le habló de lo peligroso que podía llegar a ser el tráfico. Pero Hamer estaba enfermo, sin fuerzas. «La muerte de mi hermano le destruyó –escribió su hija–. En el funeral, ese hombre tan fuerte, tan alto, tan imponente, tenía que arrastrarse, devastado y exhausto. Tras ciento once días descuidándose para cuidarlo, sin descansar, forzando el cuerpo, enfermó de cáncer». Después de la muerte de Dirk, tuvieron que operarlo de un carcinoma en un testículo. «Creía que me estaba muriendo –dijo el doctor Hamer–, así que no piqué».

Los Hamer contaron a la prensa que su alteza estaba haciendo todo lo posible para retrasar el juicio, versión que concuerda con los hechos. El doctor Hamer también relata que, entretanto, las amenazas del peculiar visitante empezaron a cumplirse. Tenía firmados contratos por las patentes de su escalpelo hamer y su sierra de huesos que le aseguraban de 20.000 a 50.000 marcos mensuales. No llegó a percibir ni un céntimo. Según el médico, el director de la empresa encargada de comercializar sus inventos acabó sien-

do despedido tras dejarse corromper por una mano negra. Sus licencias de patentes, por las que Hamer había pagado una buena suma, se bloquearon misteriosamente. Y los abogados de los Hamer, por razones inexplicables, siempre acababan abandonando el caso.

Por fin, el 13 de noviembre de 1991, en París, arrancó el juicio, trece años, dos meses y veintiséis días después del delito. Durante la investigación, al dueño del *Mapagìa* se le había requisado un revolver sin munición. El abogado del acusado dijo que la bala que mató a Dirk no procedía de su cliente, sino de un segundo tirador. No se podía comprobar: tanto el barco *Mapagìa* como el revolver habían desaparecido. También arguyó –la puñalada más baja– que el joven no murió por culpa de ninguna bala sino por el grave error que cometió su padre al trasladarlo en avión de Marsella a Heidelberg.

El jurado –dos hombres y siete mujeres– se retiró a deliberar. Tras más de dos horas, regresó a la sala con el veredicto. Lo siguiente lo contó el propio acusado jactándose. A la pregunta: «¿Hubo un acto voluntario por parte del Señor de Saboya?». El jurado respondió que no lo hubo. A la pregunta: «¿Es responsable el señor de Saboya de la muerte?». La respuesta fue la misma: «No, el señor de Saboya no era responsable». Y a la pregunta: «¿Tenía el señor de Saboya un arma de fuego?». El jurado respondió que sí, que tenía un fusil de antes de la guerra.

Sentencia: el señor de Saboya fue absuelto de la muerte de Dirk Hamer y condenado a seis meses de prisión condicional por tenencia ilícita de armas. *Totó Manivela* no

pisó la cárcel. De algo tenía que haberle servido llegar a maestro dentro de la poderosa logia masónica P2, tan temida y peligrosa, a la que perteneció mientras intimaba con el Sha de Persia.

Pero la verdad es la Verdad. Es como la luz del sol: funde y se traga la mentira negra en cuanto se cuele por una rendija. Casi treinta años después del crimen, en 2006, *Totó Manivela* entró en la prisión de Provenza acusado de corrupción, asociación ilícita y explotación de prostitutas. Se le imputaba corromper a funcionarios públicos para obtener licencias de juego, cobrar sobornos y lucrarse importando prostitutas del Este de Europa. Sólo estuvo en la cárcel una semana —años después lo absolvieron— pero, para poder encerrarlo, la policía tuvo que pinchar su teléfono.

Algunas perlas que soltó en aquellas conversaciones: «Son gente pobre, envidiosa, mindundis, piensa en esos gilipollas que nos están escuchando, unos muertos de hambre, sin un céntimo, que tienen que escucharnos todo el día, mientras que su mujer puede que les esté poniendo los cuernos». Sabía que había escuchas. Se refiere a los sardos —habitantes de Cerdeña— como «esos mierdas que huelen a cabra» y le pide a su socio «una puta rubia y guarrona, como a mí me gustan». Era un hombre seguro de sí mismo. «Oye, que yo me he convertido en un tipo muy poderoso en Italia —dice—. Ahora le rompo el culo a quien me toca los huevos. O se hacen las cosas como yo digo, o el que la caga va fuera, ¿entendido?».

No se le ocurrió que la policía instalara una cámara oculta en su celda. Y *cantó*.

Él mismo se tendió una trampa. Ese hombre de mundo no sospechó que le estaban grabando. Y se lo contó, para presumir, a otros presos. «Cambié a seis de los miembros del jurado», confesó hablando del juicio de Dirk Hamer, «porque si no me gustaban, tenía el derecho de cambiarlos». Y siguió: «Yo tenía un ejército de abogados. [...]. Tengo que decir que los engañé. [...]. El fiscal había pedido cinco años y seis meses; yo estaba seguro de que iba a ganar, estaba más que seguro. [...]. Le damos seis meses con la condicional. ¡Seis meses! ¡Era una amnistía! Ni siquiera lo escribieron. ¡Salí!».

Entonces su compañero de celda le dice: «Pues usted se ha escaqueado, se lo digo yo, se ha librado de esa historia». «¡Excepcional!», apostilla su alteza. «Esos grandes abogados –interviene un tercer preso–. Una cuestión técnica». «No –dice Totó–. Yo disparé dos tiros, una vez así y el otro hacia abajo, pero el tiro se disparó en esa dirección, fue allí y le dio en la pierna (palabra incomprensible) pasando a través del fuselaje».

Totó ni siquiera sabía que no le hirió en la pierna, sino en el abdomen. Y continúa: «No sé si alguno hizo el servicio militar cuando...». Entonces habla del fusil «inglés» y de la munición: «una bala treinta cero tres». «Ah –le contesta un colega–, un M12». Y Totó remata: «No, no, no, no, de madera. Ey, ¿dónde está ese whisky?».

Cuando el abogado de los Hamer, tras la aparición del vídeo, quiso recuperar la sentencia de 1991 y se dirigió al registro del Tribunal de Justicia de París para obtener una

copia, no encontró nada. No quedaba ni rastro de la transcripción del juicio. Había desaparecido.

El vídeo con la confesión está colgado en Internet. Puede verlo todo el mundo.

La justicia francesa sigue sin esclarecer quién fue el culpable de la muerte de Dirk Hamer.